



comentario de libros

"Los trenes se van al purgatorio", Hernán Rivera Letelier, novela. Editorial Planeta, 2000. Primera edición, 191 páginas.

Hernán Rivera Letelier ha conquistado fama internacional escribiendo historias de las antiguas salitreras del "desierto más triste del mundo" (Pág. 7). Ahora se encarama —y encarama a sus lectores— al tren más pintoresco del mundo, que alguna vez hizo el recorrido al norte del país, por troche angosta, en un viaje de cuatro días. Es un viaje singular, sumamente catrínizado, en el cual encontramos a personajes de otras novelas del autor junto a nuevos integrantes de este mundo fantasmagórico creado por Rivera. El éxito alcanzado por su pluma, que se traduce en ediciones en Argentina, España, México y Colombia, y traducciones al francés, portugués, italiano y alemán, se debe en buena medida a que revela un mundo original y exótico, distinto a todo lo conocido por los lectores de otros países y aun del centro y sur de Chile. Pero no se puede desconocer que, además del escenario, se impone la capacidad imaginativa y narrativa del autor, dueño de un talento natural para contar historias disparatadas y, sin embargo, profundamente humanas, emblemáticas de conflictos, an-

helos y frustraciones consustanciales al ser humano sea cual fuere la geografía en que se desenvuelve su vida.

Hernán Rivera Letelier se cuenta entre los desoladores cercanos de Gabriel García Márquez. La influencia del colombiano es innegable. Sin embargo, también lo es la originalidad del chileno. No se trata de un mero copista, de un transcriptor de efectos y modelos de escritura. Rivera internalizó el universo garcimarquiano y lo readaptó en el árido norte salitrero con verismo y propiedad. Seguidor del Nobel, no imitador suyo.

Los efectos que consigue, en una prosa de frases largas, recargadas, con excesiva adjectivación, se deben precisamente al sentido desconcertante de los adjetivos que usa. Veamos este párrafo: "Bajo un cielo afantasmado por el fulgor de la luna, el tren cruza frente a un caserío dormido al pie de unos cerros ingrávidos. Los ranchos de adobe parecen sumergidos en un mar de aguas sondaibulas y el irreal pitazo de la locomotora resaca en la noche como burbujando desde un fíndere fondo marino". (Pág. 94).

Tomemos nota: el cielo está "afantasmado", los cerros son "ingrávidos", las aguas "sondaibulas" y el fondo marino, "fíndere". Nada resulta obvio, todo sorprende y presta alas a la imaginación del lector.

Así como las sujeciones de la prosa, los sucesos que ocurren a bordo del tren resapan también con los clichés establecidos. Y el viaje sorprende debilmente de principio a fin. El hilo conductor del relato lo lleva el nordestinista Lorenzo Anabálón, pero va pasando de mano en mano por otros pasajeros del primer carro, sobre todo por las de Madame Luvetina, una adivina que evoca en la memoria de Anabálón a Uberlinda Linarez, su gran amor. Esta Uberlinda, que sólo aparece como recuerdo, juega un papel importante por cuanto Lorenzo Anabálón lleva que abandonara a su marido para huir con él de una oficina salitrera hoy abandonada, en la cual el viejo marido sigue aguardando inútilmente la llegada del tren que habrá de traerle de regreso a su esposa, tan amada como lo fue.

Valga este detalle para explicar que el relato está plagado de alusiones y que lo que se va contando remite a otras historias no dichas, pero sugeridas con inteligencia, de modo que amplían el horizonte de la novela mucho más allá de sus estrictos márgenes. La tribu de gitano que viaja al norte, el Cristo de Elqui que rué en el camino, la pelea a puñetazos entre dos pasajeros marroquíes que se bajan del primer carro y aprovechan de tronarse a golpes mientras el convoy avanza lento y dificultosamente una cuesta, y alcanzan a trepar al último carro, dirimiendo ya el pugilato con el diente de oro del contrincante derrotado brillando entre los dedos del pugil victorioso.

Un mundo, en fin, una verdadera corte de los milagros, en donde no falta el cráneo, las hermanas solteronas y concupiscentes, la madre dolorosa que va en busca de los restos de su hijo muerto en un accidente minero, el diablo que recorre los vagones cantando boleros y vendiendo bacallos, la pareja de jóvenes amantes destinados al fracaso y a la muerte, la pequeña violada brutalmente y que a pesar de todo mantiene inocente su inocencia. Un panorama humano variopinto que engloba una a una sus distintas historias en un rosario que acaba por conformar un amplio cuadro de miserias y expectativas, ofrecidas al asombro y regocijo de los lectores con mirada risueña, ironía de la mejor especie y un cariño que desborda de la prosa ubérrima de Rivera Letelier. Tras la adjectivación profusa, las descripciones morosas, la narración detallista, trasciende el amor del creador por sus personajes y sus escenarios. Y del todo brota la magia de un mundo fantasmal y profundamente humano. Un fresco multicolor de la picaresca nortina. Una novela que garantiza entretenimiento y deja un residuo amable y alegría de vivir, pese a recordarnos verdades harto dolorosas acerca de la condición humana.

Los trenes se van al purgatorio [artículo] Antonio Rojas Gómez

Libros y documentos

AUTORÍA

Rojas Gómez, Antonio

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los trenes se van al purgatorio [artículo] Antonio Rojas Gómez

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile